

Sergi Sancho Fibla, *Escribir y meditar. La obra de Marguerite d'Oingt, cartuja del siglo XIII*, Siruela, Madrid, 2018, 391 págs.

Jimena Castro Godoy¹
Universidad Alberto Hurtado

Luego de leer *Escribir y meditar*, llama la atención que recién en nuestros años un joven investigador decidiera llenar un vacío inexplicable. Hasta ahora, no existía ninguna monografía dedicada a comentar la obra de Marguerite d'Oingt, monja cartuja y visionaria del siglo XIII. Una religiosa que con sus complejas, dinámicas y fascinantes visiones es capaz configurar su mundo interior, pero también conseguir –sin querer hacerlo–, explicar una época.

En este profundo e intenso trabajo, Sergi Sancho Fibla nos habla de los escritos visionarios de Marguerite en dos niveles; el "interno", en el que presenta, explica y comenta las cuatro obras de la monja, y otro "externo" (370), donde hace explotar una constelación de referencias textuales, visuales y litúrgicas del entorno de la monja. De este modo, el volumen consigue convertirse en una verdadera guía de "los procedimientos de la retórica de su tiempo" (183). Lo que el autor se propone en esta investigación es dar a conocer en profundidad las cuatro obras de Marguerite d'Oingt, al mismo tiempo que busca "realizar una reflexión sobre los procesos creativos, cognitivos y receptivos de las obras realizadas en el contexto de la espiritualidad de la Baja Edad Media" (17). Con ello en mente, *Escribir y meditar* logra de manera dinámica pero muy profunda convertirse en una obra que transita entre la academia y la divulgación. Esto porque su carácter universitario es evidente –es el fruto de la tesis doctoral del autor–, pero que orienta al lector hacia un mundo tan desconocido como lo es el de visionaria en cuestión.

¹ Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Esta reseña forma parte del proyecto Fondecyt de Postdoctorado n° 3180064, "La imaginación visionaria en la Colonia". Contacto: jimencastrogodoy@gmail.com

Son cuatro los capítulos, además de la introducción y las conclusiones, los que estructuran el libro; cada uno está dedicado a las cuatro obras de Marguerite y en todos se considera la tradición de la que posiblemente bebió la autora. Es interesante que, cuando Sancho Fibla no encuentra respuestas en el ambiente de la visionaria, acude a otras fuentes para poder comprenderla. Entonces compara, contrasta y relaciona sin perder el foco que lo motiva, abriendo varios flancos que, lejos de divagar, sostienen una lectura sumamente documentada. Y lo hace para atender a uno de sus propósitos más ambiciosos, que es el de "restaurar el punto de vista desde el cual el lector medieval podía acercarse al corpus de Marguerite d'Oingt. Esta forma de *ver* el texto implica identificar las imágenes, articular las referencias en su contexto, detallar las funciones y prácticas que se derivan de ello y así señalar la semántica hacia la cual se dirige la obra" (21).

El capítulo que da inicio al libro está dedicado al primer texto de Marguerite, la *Pagina meditationum*, de 1286. Está escrita en latín y, según Sergi Sancho, responde a "la tradición cartuja y las *Orationes sive meditationes* de san Anselmo de Canterbury" (23), al mismo tiempo que sería un caso bastante particular: "en muchas ocasiones la iconografía se desliza hacia un imaginario sorprendentemente singular relacionado con la devoción y los escritos de espiritualidad de su tiempo" (24). El texto narra una serie de meditaciones que se desencadenan gracias a una "experiencia sensual –casi sinestética– y extrema de la muerte, del pecado y, por extensión, del Infierno" (26), esta es la escucha de la antífona del *Introitus* del Salmo 17. A partir de estas meditaciones, Sancho Fibla elabora una excelente contextualización de las prácticas de meditación de la Baja Edad Media. Aparecen, en este sentido, temas fascinantes como la función del cuerpo (39-40), la necesidad de crear (44), la voluntad literaria (119, 121), aclaraciones en torno al concepto de *imago* y de la relación imagen/texto (55), al mismo tiempo que la potencia los escritos de Marguerite hace que florezcan escenas de alto impacto e interés: la imagería maternal asociada al parto (73,76), los fuertes castigos del juicio final (104), el ambiente acuoso de las imágenes (94) y la relación que se establece con otras visiones de la monja (90,91). Es particularmente una escena en la que Marguerite relata los castigos del infierno: "Sobre ellos caerán las torturas tan espesas como la lluvia del cielo. Las almohadas de sus lechos serán de sapos y serpientes; sábanas y colchas, de rojos carbones y ardientes llamas; las cortinas en las que estarán envueltos, demonios horribles que estarán a su alrededor para atormentarlos mientras dure Dios, esto es,

sin fin" (103). La presencia de elementos cotidianos, como las sábanas y cortinas, también se incorporan al mundo sobrenatural, asunto del que el autor de este libro nos ilustra con un texto de Étienne de Bourbon, un inquisidor dominico del siglo XIII: "nos explica cómo un monje dominico sugirió a un pecador arrepentido imaginar, cuando entraba en su placentero cuarto y estaba durmiendo en su cómoda cama, qué tipo de habitación, colchón y manta tendría en el Infierno" (112-3).

Pero es interesante también considerar que este tipo de mezcolanzas también aparecieron en ambientes tan lejanos como el de la América colonial, en el que Úrsula Suárez aparentemente ve la Eucaristía en una hostia: "y abrí una caja donde tenía la[s] sábanas; y al abrirla veí dentro de la caja una cosa muy alba, ensima de un lienso delicado y nuevo; nunca veí este género de lienso (...) con atención; veí no era panal, y afiguróseme hostia grande, como las con que disen misa. Yo discurría qué sería cosa tan linda, porque, aunque más y más la miré, no pude entender qué cosa era" (*Relación autobiográfica*, 211). Aunque hablamos de una experiencia absolutamente diferente a la de Marguerite, no deja de ser interesante cómo se funde el mundo cotidiano de una monja con el sobrenatural, asunto del que *Escribir y meditar* también se encarga.

El capítulo siguiente está dedicado a la obra de 1294, el *Speculum*. Tal como la *Pagina meditationum*, este responde a un género de su época, los *specula*. Se estructura en tres partes en conjunto con tres acciones: la monja ve un libro cerrado que luego se abre y aparece "un lugar delicioso, lleno de luz, que es asimismo un espejo" (19) para terminar en la "unión total con la divinidad" (19). Se trata este de un escrito muy complejo en el que las imágenes son de una enorme potencia: basta pensar con que Marguerite ve a la Santísima Trinidad. Aquí Sancho no sólo trabaja con el universo simbólico de la visión, sino que también indaga en asuntos como el uso de la tercera persona (137), que vincula con miniaturas de la época (142) y en el arte de la memoria (157). Con respecto a lo que la visión tiene que ofrecer, el autor de este estudio realiza comparaciones con figuras como Dante y una posible influencia iconográfica en la visionaria (200). Especial relevancia tienen las páginas dedicadas a la visión abierta, concepto que atraviesa casi todo este estudio.

Le seguirá el apartado en el que Sancho indaga en la faceta de Marguerite d'Oingt como hagiógrafa, a través de su escrito *Li via seiti Biatrix d'Ornaci*. Redactado en lengua vulgar, exhibe la vida de otra monja cartuja y, al igual que sus obras anteriores, adscribe a un

género ya conocido en sus tiempos, la hagiografía. En ella destacan las prácticas ascéticas que vivió Biatrice, en una suerte de *imitatio Christi* combinada con el inmenso dolor que le provocaba su Pasión en cuanto esposa de Cristo. Esto se verá reflejado en la abundancia de lágrimas como una auténtica virtud propia, nos dice Sancho, de la orden cartuja: "esta sensibilidad lagrimal, este bautismo de lágrimas purifica y exterioriza los estados interiores al tiempo que sobrepasa a la tradición cartuja y se inscribe en el horizonte de la espiritualidad mística de su tiempo" (251). Adicionalmente, en este capítulo destacará una impactante visión de Biatrice en la que ve y escucha el cuerpo de Cristo en una caja de la custodia de un altar. Será una escena cuyo desenlace se vinculará con las de la *depositio*, momento de la Pasión de Cristo bastante específico. Siguiendo con las experiencias dramáticas y sensuales de Biatrice, también leeremos en este capítulo el momento en el que la monja vive una experiencia tormentosa con la hostia consagrada: "Cuando volvió a su sitio, lloró tan intensamente que perdió la vista y la hostia que tenía en la boca empezó a crecer hasta que tuvo toda la boca llena" (277). Marguerite relata que Biatrice intenta quitar la hostia de su boca, pero que a cambio "sentía un sabor como de carne y de sangre" (277). El tratamiento que Sergi Sancho le da a este tipo de escenas es siempre contextualizado y responsable, estimando "un énfasis especial en la experiencia sensorial durante la comunión" (278) para así establecer la relevancia del sentido del gusto en esta religiosa.

La investigación cierra con un último capítulo que el académico consagra a dos epístolas redactadas por Marguerite: las cartas IV y V que él define como un "díptico textual" (280), pues una comenta a la otra. Las visiones que se describen en estos escritos impactan al lector y son de una enorme riqueza sensorial. Dice Sancho de ellas que "por su particular fuerza visual, una destacada agencia semántica que abre la posibilidad a diferentes interpretaciones más allá del significado alegórico tradicional" (280-1). Son imágenes frecuentemente utilizadas por la tradición, pero que Marguerite vuelca hacia la extrañeza. Aparece un árbol, pero está invertido; una montaña, pero en el desierto; una puerta, pero que se mueve. Todo ello sumergido en un sugestivo dinamismo. Y aquí reside el mayor mérito del académico, que es conseguir penetrar en ese mundo visionario, pero manteniendo su misterioso atractivo. El diálogo que establece con las tradiciones es correcto pero no acabado, y eso deja un espacio libre para nuevas y siguientes interpretaciones.

"¡Ábreme los ojos para ver las maravillas de tu voluntad!" exclama el Salmo 118 de la Vulgata. Y si existe un concepto que atraviesa toda la investigación de Sergi Sancho, a la vez que la sabiduría mística de Marguerite d'Oingt, será el de la apertura. Se abre el costado de Cristo, el libro, la puerta y la propia mirada de la visionaria. Al igual que muchas religiosas de su tiempo, Marguerite arde por ver, al mismo tiempo que lo hacemos los lectores contemporáneos al conocer su figura en este libro. En ese sentido, Sancho Fibla explica con lucidez la que termina siendo la función de esta apertura: "La apertura, ya sea el libro o la llaga del costado de Cristo, es en todo momento una imagen de superación, de progreso en el ejercicio de la meditación, hasta llegar a representar aquello que permite la entrada al conocimiento místico, a la unión con la divinidad" (371).